

Rafael Hurtado

Por CARLOS FIGUEROA

En el séptimo año de su muerte es conveniente recordar a este hombre —poeta y librero, lector contumaz— tan original y buen amigo comentarista sin medida y conocedor de la ciudad. Don Daniel de la Vega contaba en su columna que "a un joven que pide un libro sobre psicoanálisis, Hurtado le vende la Guerra del Pacífico"... que "muchacha gente está leyendo lo que a él se le ocurre". Se refería el cronista al talento, su tiempo gastaba en la charla, para hacer comprar un libro a su cliente. En tantas andanzas encontró un mecenas para editar uno de sus libros (Carlos Becerra F.). Pero él, perseverante, "vendió" su firma, su persuasión, para reunir y devolver hasta el último peso.

Hoy aparecen dos poemas de Hurtado. En "Algo como epitafio", Hurtado hace una especie de testamento literario nada de frívolo, en que por supuesto el lírico habla de sí mismo. Sería largo enumerar cualidades personales aparentemente contradictorias.

Como poeta del otoño, Hurtado sueña que camina un antiguo vagabundo por los parques y se apropia furtivo de las hojas doradas. Su sentimiento íntimo tan delicado —pero combinando a veces con vigorosas exclamaciones— admiraba a Charles-Louis Philippe, Pío de Zanhoria, la prosa del Gran Mañes, los franceses del siglo pasado, sobre todo Baudelaire. A él le gustaba explicarlo así, algo mezclado. No olvidaba a Pezoa Véliz, y a Van Gogh. Lo amaba por sus colores y por sus desventuras. Ante la lírica francesa maldita y parrásica "se sentía pequeño como un gusano". A otros pocos veneraba, a François Villon, risueño por el estilo trágicamente divertido de vivir... A los clásicos los hizo esperar, y les extrajo sustancias, como se entrevé en esta obra.

No había relación tampoco entre el leve idioma poético y su semblante hosco, adoptado al parecer como defensa. Contaba que de lejos parecía un mono, y que de cerca no cabía duda alguna. Le replicaba alguien que aparentaba ser un campeón de boxeo. Continuaba charlando, era el centro, no admitía interrupciones, excepto cuando intercambiaba chanzas. Le halagaba ser considerado payaso, con esa nariz hinchada-rojiza que le capta el estilo de Carlos Hermosilla. Sería porque le gustaba la risa, aunque la tristeza fluyera en contenida discreción. Tampoco era triste: era paradójico. No se le conocía fácilmente.

Anotemos el nombre de sus ídolos: Dostoiévski, "su padre"; Shakespeare, "el monstruo del Avon"; Cervantes, "inefable y agrio". A los clásicos no los leía, porque sus libros llevan demasiadas notas al pie de todas las páginas.

Sin embargo, no encuentro su humorismo en sus versos. Algunas constantes de su obra serían la humildad, la audacia —de contenido y forma—, el pesimismo, la rebeldía. Precursor de antipoesía, si se considera el atrabiliario modo de expresión, la inexactitud métrica, el arritmo, la discordancia buscada adrede. Con tanta lectura, quizás tomó odio a tan abundante versificación.

No respetaba la unidad del tema. Como tiende a hacer el gran canto a esto y aquello, traspone de un salto la lírica hacia la épopeya. Alterna vivencias íntimas con opiniones de preceptiva literaria, saluciones a la historia, ternuras para Valparaíso y el amigo, y la exclamación que se escucharía en los valles de la Luna.

Los poemas de su última etapa, de arte mayor, le darian destacado lugar en las antologías. En estos dos poemas se adelanta una muestra.

veremos molinos. Stgo. 5-VII-1980. P. 7.

Rafael Hurtado [artículo] Carlos Figueroa.

Libros y documentos

AUTORÍA

Figueroa, Carlos, 1921-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Rafael Hurtado [artículo] Carlos Figueroa.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile